

LA MONTAÑA ANCESTRAL

Leonardo Giordanino



Ediciones del Puente

Giordanino, Leonardo

La montaña ancestral / Leonardo Giordanino. - 1a ed. - Río Cuarto : Ediciones del Puente, 2024.

348 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-631-6534-23-1

1. Novelas. 2. Literatura Fantástica. I. Título.
CDD 843

LA MONTAÑA ANCESTRAL

© *Leonardo Giordanino*

Diagramación
Ediciones del Puente

© *Ediciones del Puente*

Río Cuarto - Córdoba - Argentina
edicionesdelpuente@gmail.com
www.edicionesdelpuente.com.ar

1ª edición
Impreso en Gráfica del Sur / Córdoba / Argentina
En el mes de noviembre de 2024

La Montaña Ancestral

I

—¿De dónde vienes? —gruñó una mujer envuelta en pieles, cuando Kártak avanzaba maniatado a la audiencia. Había dormido bastante mal, ansioso y angustiado a la vez, pensando si aquella noche iba a ser su última. De todos modos, tenía que considerarse afortunado al haber podido escapar de aquel río de hielo tan peligroso donde cayó.

Había conocido el pueblo de su captora, pero no había podido detenerse a observar. Las chozas estaban adheridas al suelo con hielo compactado y rocas, junto a la ladera de una montaña que no alcanzaba a dimensionar en su magnitud. Además, había numerosas cuevas sobre salientes rocosas que seguramente protegían más que las edificaciones anteriormente mencionadas.

Una empalizada rudimentaria y poco útil rodeaba lo que parecían ser edificios importantes del poblado, y había algunos establos donde diversas criaturas eran entrenadas para ser compañeras de las guerreras y jinetes de los hielos. Lobos grises, blancos, osos polares, ciervos, hasta mamuts lanudos, y otros animales que no alcanzaba a reconocer.

Se habían detenido frente a una mujer que debía ser una centinela de turno. La casa de Tayrya estaba algo más alejada, como la de todas las guías y baqueanas que se dedicaban a recorrer aquellos hielos impenetrables. A medida que avanzaban por los territorios de la Tribu del Invierno, zorros, liebres y demás animales correteaban por el lugar como si fueran otros habitantes del lugar, sin el temor clásico que suscitan los pueblos humanos.

La tribu estaba formada íntegramente por mujeres. Kártak nunca había escuchado de ellas hasta que fue rescatado, y esto le pareció algo extraño. No preguntó pero quizás rescataban solo a las niñas y mujeres y a los hombres los abandonaban a su suerte. Aquella idea heló más la sangre de su cuerpo inuit, pero pensó que quizás lo podían liberar en un poblado “normal”.

—¿Pregunté de dónde vienes, hombrecito? —apenas se veía el rostro de la mujer; se acercó y lo cacheteó un poco, en un intento de despertarlo de su sueño. Y claro que lo hizo; Kártak se echó hacia atrás.

—Este... —comenzó a decir.

—Está sorprendido por nuestro pueblo, Lurka —cortó Tayrya, enérgicamente —Es mi prisionero, no puedes decidir pegarle, así como así. Hace unos días solicité una audiencia a la Gran Euvin, para decidir su destino. La misma me fue concedida y voy camino a ella. Quiero que nos dejes paso.

—Ah, ¿si? —resopló Lurka. Visiblemente no le gustaba que la mandaran —Es mi deber como centinela del pueblo preguntar. No entrará a las cuevas de la Reina hasta que conteste.

—Vengo... de un poblado inuit que se llama Trai'nam —contestó Kártak entre resoplidos. El hecho de ser prisionero lo dejaba sin fuerzas. —No podría darles una indicación hacia dónde está, porque claramente desde aquí no me ubico. Todos mis compañeros murieron intentando ir tras el oso —añadió.

—¡Ajá! Claro, querías cazar un oso, y tu empeño sólo produjo muertos. Tayrya, a este hombre solo le queda un camino —se dirigió a su compañera —La arena de las Bestias.

Kártak se vio sorprendido y atormentado a la vez.

—¿La arena de las bestias...?

—Cállate, no te he preguntado más cosas —Lurka le propinó un puñetazo en el estómago que le cortó la respiración —No sé para qué pides este tipo de audiencias, Tayrya, si ya sabemos cómo terminan...

—Eso no lo decides tú. Discúlpame, vamos a pasar. —la jinete cortó la conversación y pasó abruptamente al lado de Lurka, que sonreía burlonamente. La mujer era enorme: medía al menos un metro noventa y tenía hombros y espalda anchos, y portaba dos hachas en las caderas. Por lo demás, se veía envuelta en pieles grises y no se observaba otro detalle a destacar.

Kártak por fin pudo respirar. Lurka no le agradaba para nada, y lo que había dicho menos.

Caminaron por la parte del poblado más habitada. En ese lugar había de todo: ruido, gente, movimiento, y olores. Había unas mujeres que curtían pieles, otras que criaban animales. Algunas de ellas estaban cocinando, otras haciendo de carpinteras y constructoras. Algunas bebían claramente alguna bebida alcohólica, sentadas mientras hablaban ruidosamente y se reían a carcajadas y lo señalaban. Pasaron dos osos gigantes, del tamaño de un elefante pequeño, junto a él, mientras el suelo se remecía a su paso. Cada vez se sentía más angustiado.

Entonces llegaron a lo que parecían las cuevas. Estaban custodiadas por varias jinetes, que portaban lanzas enormes. La ladera de la montaña se veía interminable ahora que estaba más cerca. La luz del sol estaba en su punto más alto, y faltaba un rato para que se ocultara tras aquel majestuoso pico. Kártak jamás lo había visto, ni siquiera había oído de él. Una mole maciza de ese tamaño jamás escaparía a los eruditos y ancianos de los diversos pueblos que habitaban esos hielos. Cada vez tenía más dudas y preguntas acerca de lo que era realmente la Tribu del Invierno, y cómo era que existían en el más completo de los secretos. Además, numerosas cuevas se extendían por aquí y por allá, que le fue imposible contarlas e indicaba que vivían muchas personas.

—Madala, qué bueno verte. Hoy tengo audiencia... —Tayrya saludó a una de las guardias.

—Ya lo sé, las noticias vuelan por acá. Me alegra verte fuerte y enérgica como siempre. Pasa y toma uno de los cristales luciérnaga.

¿Cristales Luciérnaga? Jamás había escuchado hablar de aquellos. Ingresaron a una de las entradas de las cuevas, que debía tener varios metros de altura por otros tantos de ancho. Tayrya tomó lo que parecía una roca normal, que descansaba en una piletta de piedra, se la acercó a su boca, susurró algo y sucedió algo increíble.

La piedra se iluminó como si fuese de luz del sol, tanto que al principio encandiló a Kártak. Creía poco en la magia, pero aquel evento realmente parecía mágico. Era una lámpara, pero no tenía aceite, ni tela, ni nada que la hiciera prender fuego. Quizá era como una de las bombillas de aquellas ciudades mecanizadas y futuristas que existían en el mundo, muy lejano a donde él habitaba.

—¿Puedo preguntar qué son esas cosas? —no pudo contener su curiosidad, mientras ambos se adentraron en un pasillo bastante largo. Desconocía hacia dónde se dirigían.

—Esto —Tayrya agitó la piedra —Es un cristal luciérnaga.

Kártak la miró sin entender; no aclaró nada. Tayrya continuó.

—Hay cosas que es mejor que no se las contemos a los extranjeros; esto viene de tiempos ancestrales, en donde la Tribu del Invierno tenía un dominio superior en los hielos y las grandes naciones no se atrevían a desafiar sus dominios.

—¿Qué sucedió luego con la Tribu del Invierno?

—La ambición de los hombres hizo que se unieran para conquistar estos paisajes, cargados de minerales raros y de metales preciosos, destruyendo todo a su paso. Gracias a las energías de la madre naturaleza, que nos defendió y nos protegió en los momentos más oscuros, una parte de estos territorios lograron sobrevivir. Por eso y por todo lo demás, mantenemos nuestra fe en el Ciclo Vital, y la armonía con los elementos. Pero debo reconocer que el poderío de aquellos hombres, con sus armas, sus barcos y su tecnología hizo que empleemos técnicas de ocultación, donde aún ellos no tienen influencia.

—Debería haber muerto entonces, cuando caí a aquel río de aguas congeladas. Yo pertenezco a otras comunidades, donde cazamos, comerciamos y avanzamos sobre la naturaleza —murmuró.

—Aún no lo entiendo. Eres un enemigo natural de nosotras, pero ella (en referencia a la osa) decidió salvarte... A veces los misterios no nos son revelados a nosotras, por eso es que iremos en audiencia con Euvin. Ella podrá dilucidar qué destino llevarás. Puede decidir si vives o no, si puedes irte de aquí, o si debes permanecer en nuestro poblado. De cualquier forma, esto es un hecho inédito. Jamás se le ha perdonado la vida a ningún hombre que ha atravesado nuestro territorio bajo el reinado de Euvin, y que sepa, tampoco sucedió con sus antecesoras.

—¿Es cierto lo que me dices? —el rostro de Kártak palideció
—¿Siempre gobernaron ustedes, las mujeres?

—No, no siempre. En la época más poderosa, hombres y mujeres compartían el mismo territorio. No sabría decirte desde cuán-

do la Tribu del Invierno trae sólo a las mujeres y niñas que no les dejan tomar el lugar que les corresponde. Acá las formamos, y las volvemos fuertes y poderosas. Algunas deciden volver a sus pueblos originales, con el fin de reconstruirlos y llevar nuestras enseñanzas, y otras, muchas, son las que nos quedamos. Millares no tuvimos un verdadero sitio que reconozcamos como hogar.

Se detuvieron ante una gran cortina cargadas de cintas con piedras de colores. Tras subir una escalinata labrada en la piedra, llegaron a lo que debería ser el salón de la Jefa Euvin.

–Espera aquí, tengo que anunciarte –dijo Tayrya.

–Como si realmente me pudiera mover de este lugar con facilidad.

–No es como si no pudieras moverte –resopló.

Luego de unos instantes que la joven los anunció, dos mujeres guerreras vinieron con Tayrya, lo agarraron de los brazos y le obligaron a atravesar las cortinas.

El recinto era amplio y bastante iluminado, debido a que los Cristales Luciérnaga abundaban en candelabros y arañas colgadas del techo, de colores blanquecinos a amarillentos. Había bastante ventilación a pesar de lo recóndito que era ese lugar, seguramente debido a numerosos orificios en lo alto que funcionaban como respiraderos. También, bastante lejos y al medio, se encontraban unas sillas grandes y subidas a unos escalones, repletos de cueros y de otros materiales. Atrás, igualmente de pieles y cueros estaba formado lo que parecía ser el estandarte de la tribu del invierno: una montaña coronada de nieve. En un costado había una mesa larga, llena de alimentos y jarros de bebida, y en el otro se encontraban armaduras, armas, un gran mapa y lo que parecía una arena de entrenamiento de combate. Además, estaban reunidas muchas mujeres, mujeres combatientes y aguerridas, pero la que más se destacaba era la que estaba sentada en la silla principal.

Era enorme, debía medir al menos dos metros veinte, y llevaba puestas numerosas pieles. Tenía rapado su pelo pero llevaba un casco de cuero que lo cubría. Al parecer era rubia, y tenía un tatuaje que comenzaba en la mejilla derecha y continuaba hacia abajo, dando la sensación de que sus proporciones eran enormes. Tenía

botas muy acolchadas, y dos alfanjes en la cintura. Una lanza reposaba a su costado, que debía tener fácilmente unos tres metros. Estaba inclinada hacia delante con el codo apoyado en una de sus piernas y el puño en la barbilla, mirando fijamente como entraba Kártak hasta quedar a escasos metros de ella. Casi podía sentir su aroma, desde esa posición. Imponente. Era la única palabra que podía incluir toda esa descripción. Euvín, la jefa de la Tribu del Invierno, era imponente lo mirara por donde lo mirase.

—Pareciera que hubieras visto a un gigante. Tranquilo, no te voy a comer —dijo Euvín. Su voz era ronca y profunda, como si no saliese de ella misma. —Tayrya pidió una audiencia para ti, así que calculo que tendrás algo importante para decirme, de lo contrario, seguiré con lo mío. Mucho tiempo no tengo, y me gusta hacer la limpieza temprano.

El muchacho dio un paso hacia atrás. Estaba mudo. Él no sabía por dónde empezar, ni siquiera sabía qué decir. Una de las mujeres guerreras de trenzas largas y cara rubicunda, algo rechoncha, tomó un arco y una flecha, lo tensó y apuntó hacia él.

—¿Vieron? El muchacho no tiene nada que decir, terminemos rápido con esto.

—¡Espera!—pidió Tayrya —Si no le dan tiempo a hablar, menos lo hará con una amenaza continua.

—Lo que digas, protegiendo a ese cachorro de hombre no demuestras el valor de nuestra tribu. Déjame terminarlo...

—Basta —dijo Euvín apaciblemente. La mujer cortó de pronto —Podemos esperar un poco, pero no puedes pedirnos que seamos amables con él.

La guerrera disparó entonces la flecha, pero apuntando más bajo, por lo que llegó a escasos centímetros de sus piernas. Kártak se echó hacia atrás, gimoteó un poco y se protegió con las manos. Las mujeres que estaban en el recinto estallaron a carcajadas.

—Ahora puedes pensar cómo se sienten los animales que matan a sangre fría —sonrió Euvín —Nosotras tenemos una naturaleza implacable. Soportamos el dolor y tenemos leyes muy estrictas.

Y con mucho esfuerzo, Kártak se atrevió a hablar.

–Dicen que les hacemos daño a los animales, pero veo que vis-ten con sus pieles y decoran las casas y toldos con ellas. ¿Dónde está el respeto a su moral?

Las mujeres a su alrededor frenaron de burlarse, y comenzaron a poner gestos amenazantes, pero Euvin se mantuvo impasible, y las demás no se atrevían a responder si ella no lo hacía.

–Veo que te han surgido muchas dudas, y está bien que así sea. Nuestra naturaleza es curiosa, pero muchas veces comenzamos a juzgar antes de ver lo que realmente hay. ¿Acaso niegas que disfrutabas cada vez que tu arma atravesaba el cuello de un animal? ¿Cada vez que cazabas? ¿Acaso comprendes su sufrimiento, su dolor? ¿Te has puesto a pensar siquiera en ello? –Kártak no replicó; tenía razón en cada una de sus palabras. – Y vienes aquí y cuestionas que nosotras poseemos los mismos hábitos, las mismas costumbres destructivas que ustedes aplicaron y con la que arrasaron centenares de territorios.

“Todo lo que veas en este lugar es muy diferente a lo que pudieses haber observado en otro. Nosotras aquí respetamos a los otros seres vivos; no estamos por encima ni por debajo de ninguno. Es el punto de partida por el cual vivimos. Nosotras fuimos abandonadas, violentadas y blasfemadas en cada uno de los poblados donde nacimos, y por ese mismo motivo esas prácticas no están permitidas.”

Kártak mantuvo el silencio; no era necesario enojar aún más a las presentes, más si tenía alguna esperanza de salir vivo.

–Nosotras, antes de extinguir una vida animal, agotamos las vías alternativas. Oramos a la Creación del Universo por la supervivencia de todos. Además, la mayoría de los cueros que obtenemos no lo hacemos de animales que hayan muerto por nuestra mano. Este –señaló una de sus pieles –se accidentó en una montaña. Este otro, un zorro, fue atacado queriendo llevarse un cordero. Aquí murió el Gran Oso, de viejo, y me permitió usar sus cueros. Como verás, no todo es lo que se ve a primera vista. Igual puedes elegir no creerme, porque tus tribus son muy diferentes a la nuestra.

“Tenemos, en la Gran Montaña que da Vida, un gran invernadero, por no decir el más grande y variado de todo este mundo. La

Vida nos ha premiado con este regalo, y es por eso que pudimos sobrevivir y mantener nuestro credo tan fielmente. La montaña da calor, el aire circula lo suficiente en su interior y los cristales luciérnaga pueden hacer crecer las plantas dentro de su vientre.”

—¿Quieres decir que dentro de esta gran mole hay un como un bosque donde ustedes cultivan de todo? ¿Cómo es eso siquiera posible? ¿También me resulta extraño cómo pueden tener luz los cristales luciérnaga? —Kártak no podía salir de su asombro, a pesar de que su vida pendía de un hilo. Tantas cosas extrañas y diferentes había por el mundo, y él conocía tan poco... Ojalá pudiera sobrevivir para poder observar más, y aprender de todo ello.

—Creo que no es necesario que este chico sepa más cosas, Gran Euvin. Después de todo, llevará el mismo destino de todos los hombres que han atravesado el territorio de nuestra tribu —dijo la guerrera de trenzas.

—¡Pero jamás decidí entrar a su territorio, caí tras resquebrajarse el hielo que se había endurecido con el frío! Persiguiendo a un oso, que resultó ser compañera de Tayrya. Al parecer quiso salvarme la vida, aunque no tenía motivos, pues yo la estaba persiguiendo para cazarla con un grupo de compañeros. Los demás murieron, y yo también lo iba a hacer, pero la osa me socorrió y luego Tayrya decidió hacerle caso.

Euvin se quedó en silencio; al parecer, aquella parte de la historia no la sabía. Lentamente dijo:

—Todos los intrusos llegan aquí accidentalmente, porque no conocen este territorio. Por lo que la excusa de no querer entrar no es válida... Sin embargo, que una de nuestras hermanas haya decidido salvar tu vida es algo que no ha ocurrido jamás durante mi gobierno. Puede que sean señales de cambios. Iré a la sala de introspección.

De repente, la jefa de la tribu se levantó y se marchó a paso raudo seguida de dos guerreras de las presentes. Desapareció casi tan rápido que conmocionó a todos, y un murmullo comenzó a extenderse por la sala.

—¿Qué es la Sala de Introspección? —inquirió Kártak a Tayrya.

–Bien, supongo que no hay problema en decírselo, ya que la misma Euvin lo dijo a viva voz. Ese lugar es un sitio donde las almas de los que estuvieron vivos en este plano se comunican con nosotros. Hay remanentes de alma y espíritus que deciden comunicarse. Pero nada de esto podría suceder si nosotros no hubiéramos desarrollado una conexión superior con todas las criaturas vivas en este territorio. Gracias a ello hemos podido prevenir muchos desastres naturales o provocados, por lo que nuestra tribu ha resistido tanto a pesar de que el hombre quiso invadirnos durante incontables ocasiones. Este sitio también se encuentra en el corazón de esta montaña.

–Es... verdaderamente mágico. Poder cultivar dentro, poder generar la capacidad de comunicarse con aquellos que estuvieron vivos... ¿Qué otros secretos guardan este lugar? Es como si esta montaña fuera la misma Montaña de la Vida.

–Ha sido protegida por nuestros ancestros desde tiempos inmemoriales, pero desconozco si había otros seres que lo guardaban anteriormente, o como se formó este lugar. Lo que sí sé es que es uno de los núcleos de poder de este mundo, y que hay pocos. Igual, deberías permanecer en silencio, hasta que Euvin regrese con tu veredicto. De lo contrario, podemos molestar aún más a las hermanas.

Aguardaban en el sitio designado, inmóviles, mientras se miraban. Con cada minuto que pasaba, el nerviosismo de Kártak aumentaba, y apenas podía contener su grito de desesperación. Hasta que, de pronto, la Jefa de la Tribu apareció raudamente, mostrando todo su esplendor. Era evidente que en su rostro había algo que la contrariaba.

–Oh, gran Jefa, qué es lo que ha ocurrido –preguntó la guerrera que había disparado la flecha.

Euvin esperó hasta volver a sus aposentos, se dio vuelta y se dirigió a todo el auditorio.

–He hablado en la Sala de Introspección, y lo que me han contado será inédito para toda nuestra comunidad. Los grandes espíritus piden que perdone a este muchacho, el cual ha violentado a una de nuestras hermanas osas. Pero el perdón al que refiero

viene de alguien o algo más arriba de nosotras, y eso escapa a nuestra comprensión. Nos han solicitado fervientemente que no lo matemos, que lo cobijemos por un tiempo y cuando sea la señal correcta lo llevemos a otro lado, que no puedo revelar porque no lo entiendo aún. Eso es todo lo que puedo decirles.

—¿Es eso... cierto? —Kártak no podía creer lo que escuchaban sus oídos, mientras comenzaban las protestas a su alrededor. Nunca, pero nunca nadie del exterior había tenido alguna oportunidad; significaba que supieran sus secretos, y también romper su credo y su moral.

—¿Esto no va en contra de nuestras leyes?

—¡Esto no puede ser! Es un error...

—Déjamelos cazar a mí misma —se quejaban.

—Silencio. —Euvin calló a todas en la sala —Sabemos que los designios superiores no pueden ser rotos, aunque no nos sean claros. En este momento voy a acatar su solicitud, pero no sin imponer reglas de máxima seguridad.

“Tayrya, te harás cargo de él, y prefiero que marche oculto con sus ropajes, no quiero enojar aún más a nuestro pueblo. Aquí tenemos lo suficiente para que pueda hacerlo. Además, quiero que esta información no salga de esta sala —miró escrutadoramente a cada una de las presentes—, al menos por un tiempo. Necesito comprender lo que he visto y oído para continuar.”

“Usted —se dirigió a Kártak —recibirá instrucciones de su superiora, que será Tayrya. No puedes acceder a cualquier zona, sin mi permiso, que para ello debe solicitarlo tu superiora. No puedes relacionarte con los demás, y serás castigado ante cualquier ofensa. No te podemos eliminar, pero sí podemos darte el peor castigo si no te comportas. Jamás, en mi gobierno, ha sobrevivido un hombre, y espero que el primero no baje aún más la imagen que tengo de ellos. ¿Aceptas todas estas condiciones completamente?”

—S..ii —dijo Kártak, aun no saliendo de su asombro. ¿Cómo podría ser que por un designio divino él se habría librado de su sentencia de muerte? ¿Acaso habían tenido misericordia, o le habían asignado alguna misión que todavía a él no se le revelaba? De todas formas, esas preguntas en este preciso momento no impor-

taban; habría tiempo suficiente para meditar sobre aquello. Lo importante era que podría respirar al día siguiente y que ni siquiera tendría un castigo físico. —¿Qué debo hacer ahora?

Euvin le ordenó que se cambiara por las ropas tradicionales del poblado, y que se ocultara la cara. Tayrya le seleccionó lo que mejor podía ponerse. Luego, en silencio se alejaron de la Sala del Trono. Las mujeres guerreras le lanzaban miradas de desprecio. No podía entender ese trato, por más que lo pensara. De momento quería irse de la sala, porque no se sentía cómodo.

—Vamos a irnos por otro camino para no despertar sospechas de la Guardiana de la Puerta, te reconocerá por más que lleves ese traje que tienes.

Kártak no tenía idea por dónde fueron y por dónde estaban yendo ahora, pero siguió a su captora y ahora supervisora. Ella pidió la audiencia, y había demostrado ser bastante comprensiva con él. O quizá había entendido la señal que le había dado su compañera de viaje. Le estaba inmensamente agradecido a aquel animal.

Salieron al aire libre, por una de las entradas superiores. No alcanzaba a ver dónde estaba el otro ingreso, pero poco le importaba. La guardiana de ese lugar los saludó escuetamente y no preguntó nada, porque ya estaban saliendo del recinto. Tayrya dejó el Cristal Luciérnaga y abandonaron por completo las entrañas de la Gran Montaña.

El sol había avanzado ya mucho en el día, y se iba a ocultar tras la cumbre en poco tiempo. Las jornadas aún eran largas en ese período; sin embargo, el macizo montañoso bloqueaba gran parte de la luz directa. Suponía, que, en otras épocas del año, el sol se encontraba del otro lado. Suspiró profundamente y continuó siguiendo a la Jinete de los Hielos.

A medio camino, el joven decidió detenerse. Era un amplio sector donde apenas se veían viviendas de variado tipo, y donde ya no había ojos que pudieran dedicarle miradas furtivas y maliciosas.

—¿Por qué frenaste? Debemos regresar en tiempo. No confío en todas las personas que te vieron. Quiero evitar un mal rato.